

gobierno en un caso desesperado, se sometió á las exigencias del parlamento. Este volvió á reunirse en la primavera del año 1357 y acordó la instalacion de una comision permanente compuesta de 36 miembros del parlamento, nombrados por el mismo, para que asistiera al gobierno en todos los asuntos públicos y vigilara la administracion del tesoro y en particular la distribucion y recaudacion de las cargas que imponia la guerra. Además se concedió á la comision intervencion directa en las negociaciones con Inglaterra, y por su parte el delfin sacrificó á las exigencias del parlamento un buen número de funcionarios acusados, con razon ó sin ella, de haber contribuido al último desastre, y finalmente prometió otras reformas.

Parecia con todo que las circunstancias no dejarían tiempo al país para reunir las fuerzas que le quedaban; desde un extremo al otro, desde el Mediodía al Norte, estaba sufriendo los horrores de la guerra, aumentados con las maldades que cometían bandas de foragidos que á la sombra de la inseguridad general saqueaban los pueblos. En la Bretaña continuaba la guerra; en Normandía se habian alzado en armas los partidarios del rey de Navarra, reducido alevosamente á prision; en la capital se temia á cada instante un ataque del enemigo ó una sorpresa de las bandas de facinerosos que asolaban todo el país alrededor, señalando su paso con incendios y toda clase de atrocidades; los gremios estaban armados y preparados á cerrar las calles con cadenas, y celebraban reuniones belicosas, que como las otras medidas iban dirigidas tanto contra los enemigos exteriores como contra el enemigo interior, el falaz heredero de la corona y regente. Este, en efecto, acechaba la primera ocasion para deshacerse, auxiliado por la nobleza, de la molesta vigilancia de la comision parlamentaria, con lo cual exacerbó todavía mas al pueblo y aumentó la influencia del demagogo Marcel, que hacia en Paris poco mas ó menos el papel que Jacobo de Artevelde habia desempeñado en Gante. Asi como Jacobo de Artevelde habia buscado su apoyo en Eduardo III, Marcel buscó el suyo en el rey Carlos de Navarra, al cual hizo poner en libertad llamándole en el mes de noviembre de 1357 con sus partidarios armados á Paris, y allí el rey de Navarra adquirió luego un poderío que dejó reducido al delfin á la impotencia. El trono de los Valois, que tantas desgracias habia acarreado al país, vacilaba, y Carlos de Navarra, que sin la ley sálica del año 1317 habria sido el rey legítimo de Francia, solicitó públicamente el favor del pueblo para sustituir á los Valois en el trono. Parece que tuvo en Roberto Lecoq un auxiliar activo, porque á ejemplo de los que sostenian que al pueblo de Roma y no al Papa correspondia conceder la corona y dignidad imperiales á los reyes de Alemania, Lecoq defendió que correspondia al pueblo decidir las cuestiones de sucesion al trono. Con esto quitaba toda autoridad á la ley sálica proclamada en 1317 é introducía al mismo tiempo la divergencia de opinion en la oposicion hasta entonces unida de los estamentos del reino. Estéban Marcel acabó de destruir esta union con su agitacion demagógica para hacerse el dueño único de la situacion en Paris. Los nobles se separaron entonces del movimiento, unos abierta y otros tácitamente; muchos abandonaron la capital, que adquirió un aspecto siniestro, y al observar el delfin volvió á cobrar ánimo. Rodeóse de los consejeros de su padre, rehuyó la influencia de los demagogos y burló la vigilancia de la comision permanente de los estamentos del reino; pero antes de que pudiera efectuar su proyectado golpe de Estado, intervino el poderoso Marcel con las masas; á su señal salieron los gremios armados á la calle, se apoderaron del palacio, asesinaron á varios consejeros, los mas odiados, algunos á la vista del delfin horro-

rizado, y habrian asesinado seguramente al mismo delfin si no le hubiese sacado Marcel de las garras del populacho enfurecido poniéndole en la cabeza su gorra azul y encarnada, que era el distintivo del partido del pueblo, y cubriéndose en cambio con el birrete bordado de oro del *regente*, título que el pueblo victorioso y dueño de la ciudad habia obligado al delfin á adoptar aquel día de terror. El príncipe espantado aprovechó la primera ocasion para evadirse de Paris y refugiarse en Compiègne. Carlos de Navarra creyó tambien prudente renunciar á sus ambiciosos proyectos y volver á Normandía. La esperanza del pueblo vencedor de que todas las ciudades del país se adheririan al movimiento de la capital no se realizó, porque solo alguna ciudad de provincia imitó el ejemplo; pero fué terrible el eco que la revolucion encontró en la poblacion rural, que acostumbrada á ser tratada como acémila y á servir por su paciencia de befa á sus señores insolentes y á todo el mundo; esquilmada por los nobles, dueños del territorio, que tan lamentable papel hicieron en la batalla de Maupertuis, y por las repetidas invasiones de los ingleses, quiso hacer lo que habian hecho los artesanos de la capital, y lo hizo como bestia enfurecida que se ha desprendido de la cadena que la sujetaba, cometiendo atrocidades horrosas, talando el país é incendiando los castillos y palacios de los señores. A todas las miserias que habian caído sobre la infortunada Francia, que estaba desangrándose ya por mil heridas, se agregó la mas terrible de las sublevaciones, la de la poblacion rural, que en su ciego furor no conoció freno. Esta sublevacion es conocida en la historia de Francia con el nombre de *jacqueria* (1). El peligro comun devolvió, por fin, á la nobleza la union y energía. Sus compañeros de clase, los nobles de los vecinos Países Bajos, acudieron á su auxilio, y el rey Carlos de Navarra marchó tambien con fuerza armada contra los campesinos sublevados. Horrorosa fué la venganza de los nobles vencedores, cuya ferocidad excedió á todos los extravíos y maldades de los infelices rebeldes. Las comarcas antes florecientes quedaron transformadas en desiertos y fué menester el trabajo de algunas generaciones para reponer al país en su estado anterior.

En esta lucha desesperada volvió á encontrar la nobleza su fuerza, y el gobierno pudo pensar en sofocar la revolucion en la capital, donde habia tenido origen todo el mal. No se dejaron entrar provisiones, y los demagogos que acaudillaban la clase artesana, y que no podian contar con la clemencia de los vencedores, resolvieron resistir hasta el fin. Marcel, su jefe, volvió á negociar con el ambicioso rey de Navarra, el cual aceptó la direccion de la defensa despues de haber jurado la poblacion solemnemente que se someteria á un gobierno legal y que se mantendria fiel á la causa de la revolucion. Pronto, sin embargo, se convenció Carlos de que nada podia ganar en aquel movimiento y entró ocultamente en tratos con el delfin para entregarle la ciudad; pero el pueblo, que no se fiaba de él, estaba alerta, y el mismo Marcel, hasta entonces el héroe popular y jefe absoluto, perdió rápidamente toda su influencia y autoridad, porque, fuese por desengaño, fuese por traicion é inteligencia secreta con el rey Juan, apoyaba á Carlos de Navarra. Esto favoreció y reanimó al partido de los Valois y dió lugar á choques sangrientos, en uno de los cuales, el 31 de julio, fueron muertos Marcel y sus compañeros por los que se habian llamado á engaño. El 8 de agosto el delfin hizo su entrada en la capital, la cual le recibió sumisa y presenció luego humilde y aterrada el castigo sangriento que los vencedores impusieron á los demagogos.

(1) Derivado de *Jacques Bonhomme*, que corresponde á nuestro Juan Lanás. (N. del T.)

No mejoró por esto la situacion del país; el órden fué restablecido en la capital, pero Carlos de Navarra continuó siendo hostil al delfin y devastó los alrededores de Paris. El Oeste estaba asolado por las bandas inglesas, lo mismo el país llano y las aldeas que las ciudades. La ruina definitiva era inevitable si al expirar la tregua los ingleses volvian á continuar la guerra, cosa segura é inmediata despues que el delfin, en union con los estamentos, habia rechazado las concesiones hechas por el rey prisionero en una paz preliminar. El delfin y el parlamento estaban decididos á luchar hasta la muerte. Se pactó la paz con Carlos de Navarra, dando cumplimiento á las promesas que se le habian hecho antes, y se amnistió á los comprometidos en los últimos disturbios; pero con esto todavia no habia fuerza para hacer frente en ninguna parte á los ingleses. Eduardo III renovó en otoño de 1359 las hostilidades desde Calais, y en la primavera siguiente se fué aproximando á la capital sembrando el terror entre los habitantes; mas la imposibilidad de alimentar su ejército en el país, inculto desde algunos años, y la resistencia desesperada que los aldeanos armados hicieron en diferentes puntos, obligaron al rey de Inglaterra á dirigirse hácia el Loira. Por otra parte, Eduardo comprendió que una campaña hecha en semejantes condiciones no podia dar ningun resultado útil; y como al propio tiempo el comercio inglés sufría grandes perjuicios á causa de los corsarios franceses, la mediacion del Papa encontró oídos dispuestos y se firmó la paz en Bretigny, cerca de Chartres, en 8 de mayo de 1360. Este tratado hizo retroceder el dominio territorial de Francia todo un siglo, porque en cambio de la renuncia de los Plantagenet á la corona de Francia, á sus posesiones patrimoniales en la cuenca del Loira y á la Normandía, la Francia tuvo que ceder á la corona de Inglaterra en propiedad absoluta á Calais, Guines, la Gascuña, la Guiena, el Poitou, el Lemosin, el Saintonge, la Rovergue y otros territorios; en junto, mas de la tercera parte del territorio francés, que pasó á ser en adelante territorio inglés, y además tres millones de monedas de oro, una quinta parte en el acto, por el rescate del rey Juan.

Solo la imposibilidad absoluta de continuar la resistencia explica que los estamentos dieran su asentimiento á un convenio que era una sentencia de muerte para la Francia. Todas las clases sociales se vieron precisadas á hacer esfuerzos sobrehumanos; se apuraron sin consideracion ni lástima los postreros recursos de la nacion y se emplearon los medios mas peligrosos y brutales para pagar las inmensas sumas que la paz de Bretigny imponia al país. La Francia, sin embargo, no por eso pudo disfrutar de paz, porque la infestaban todavia numerosas bandas de tropa mercenaria que cometian infinitos atropellos, viviendo de asaltos y robos; y para colmo de desgracias, las epidemias empezaron á diezmar el pueblo, desalentado y desesperado.

Para caracterizar á la nobleza francesa y al rey Juan, que habia vuelto á Francia, baste decir que para remediar los males del país, en el cual volvian á reinar á sus anchas, no supieron encontrar otro recurso mejor que emprender una cruzada á la Tierra Santa. En Aviñon fué acogida esta idea con entusiasmo, y el rey Juan pasó con el mismo objeto á Inglaterra, donde al mismo tiempo quiso dar una satisfaccion por la felonía cometida por su hijo Felipe, hecho prisionero con él en Maupertuis, al cual se habia concedido permiso para pasar á Calais con el objeto de reunir desde allí la suma exigida por su rescate, pero faltando á su palabra se habia evadido. Juan fué muy obsequiado en la corte inglesa, pero cayó enfermo y murió el 8 de abril de 1364, en medio de las brillantes fiestas y justas celebradas en su honor. El rey que acababa de perder la tercera parte de su reino arruinado; que

habia ido al país enemigo para reunir los medios de llevar á cabo un proyecto fantástico de cruzada y que se estuvo ocupando allí en fiestas caballerescas, jamás pudo llegar á comprender que los gobernantes tienen deberes que cumplir. Este rey era, sin embargo, el jefe de la reaccion aristocrático-feudal, rasgo que por sí solo caracteriza al uno y á la otra. Este mismo rey introdujo además en el reino de Francia el germen funesto de un dualismo que tuvo gravísima trascendencia, cediendo locamente á su hijo Felipe, á título de feudo, la Borgoña, que con la muerte del joven duque Felipe en el año 1363, habia pasado al dominio de la corona de Francia, bajo el cual cualquiera otro rey la habria conservado para compensar en algo las pérdidas territoriales que habia sufrido.

## CAPITULO III

LA RENOVACION DE FRANCIA POR CARLOS V  
Y LA REVOLUCION DINÁSTICA EN INGLATERRA POR LA CASA  
DE LANCASTER

(1364-1400)

La paz de Bretigny no podia ser duradera; la Francia, en su agonía, la habia tenido que aceptar, bajo condiciones las mas desfavorables que podian imaginarse, para obtener una tregua, pues solo como tregua podia considerarse una paz que estaba en pugna con todo un siglo de su historia, que desgarraba el territorio francés de una manera insufrible por mucho tiempo y que creaba para los franceses una situacion ignominiosa y ocasionada á provocaciones contínuas. Sin embargo, antes de sacudir este baldon con las armas era preciso renovar las fuerzas del país, hacerle producir otra vez los recursos para una nueva guerra, restablecer la paz interior, reconciliar las diferentes clases de la sociedad, enemistadas entre sí, fomentar el bienestar y la riqueza, reconstituir la monarquía y crear un ejército eficaz. A Carlos V corresponde la gloria de haber comprendido claramente la situacion y sus necesidades, y de haber cumplido su mision de rey resolviendo en lo principal tantos problemas áridos y planteados en las condiciones mas difíciles. Restaurador de Francia, enmendó los errores de su padre y abuelo y consolidó en el país la dinastía de los Valois, hasta entonces tan funesta para la Francia, arraigándola de tal modo que desde entonces el país ya no pensó en deshacerse de ella, como lo habia intentado en la última formidable crisis.

Carlos, puesto á la cabeza del país desde la jornada de Maupertuis, que le habia dejado sin soberano, habia adquirido temprano la madurez intelectual de la edad viril. Aquellos años aciagos habian dado á su inteligencia y á sus actos de hombre y de gobernante un carácter y una direccion particulares; le habian hecho conocer la caducidad de la caballería y le habian emancipado de las preocupaciones vetustas y fatales que tenian aprisionada y ofuscada la inteligencia de sus dos predecesores inmediatos. Con vista serena y aguzada por la desgracia habia comprendido la necesidad de lanzar de su posicion predominante á la nobleza feudal, que tan claramente habia demostrado su ineficacia militar, y de no pensar mas en reacciones feudales. Por otra parte, la sublevacion de los gremios en Paris y la de los campesinos de la *jacqueria* le habian hecho formar idea exacta de la fuerza latente, pero positiva, de las clases media y rural, y de lo mucho que podia esperarse de estas fuerzas si eran dirigidas con talento é inteligencia dentro de límites prudentes. Este fué el punto de apoyo de su plan de regeneracion de la monarquía francesa, en el cual, sin embargo, no entró ni remotamente la idea de dar participacion, por poca que fuese, al

pueblo en el gobierno del país, como la tenía el parlamento en Inglaterra. Se acordaba demasiado de las humillaciones por que había visto pasar la dignidad real y por eso se abstuvo en cuanto pudo de reunir los brazos del reino en parlamento. Así evitó la oposición que los estamentos podían hacer á la corona y los obstáculos que podía crear la nobleza á sus proyectos de reformas favorables á las clases media y rural, y devolvió al trono su independencia é iniciativa haciéndole el factor principal y decisivo de la vida del país, como lo había sido antes. El cansancio que dominaba á todas las clases del pueblo francés después de tantos años de tribulaciones y padecimientos, hizo que todas dejaran hacer al rey, tanto más cuanto que no tardaron en experimentar los resultados benéficos del gobierno de Carlos V y en comprender por lo mismo su razón. Este rey, al revés de su padre Juan y de Felipe VI, carecía completamente de genio caballeresco, y aun de espíritu guerrero. Era hombre de Estado, y tuvo el buen criterio de emplear su talento de estadista casi exclusivamente en la administración, que era también lo que mayor falta hacía al país y lo que más abandonado estaba. En este terreno Carlos V demostró que era maestro, y conquistó gloria imperecedera. Extirpó abusos, hizo economías donde antes todo era derroche y despilfarro; restableció la lealtad y el orden en la acuñación de la moneda, é introdujo en la administración la puntualidad y la integridad, sometiendo al personal á una severísima vigilancia. En todos los actos de este rey se nota el genio práctico, sin ilusiones, que atiende á lo más necesario y factible, que mira las cosas como son, que procede según las circunstancias y atiende, junto con lo principal, á lo secundario. Su gobierno fué poco aparatoso, exclusivamente práctico, sin grandes rasgos ni grandes proyectos de reformas radicales, pero previsor, económico y leal; gobierno libre de las fantasías caballerescas de sus predecesores, y que reconquistó para el trono el respeto del pueblo, perdido durante el reinado de los dos monarcas anteriores; Carlos V hizo del trono el centro alrededor del cual se volvió á agrupar la nación, y hácia el cual volvieron á gravitar los elementos sueltos que durante tanto tiempo habían andado fuera de su influencia.

Con Carlos V empezó también para el arte militar francés una nueva era. La caballería feudal se había desacreditado definitivamente en las jornadas de Crécy y Maupertuis, y aunque se había renovado moralmente, no podía hacer frente á los ingleses, porque su armamento y manera de pelear pertenecían á una época que había desaparecido. Si se quería recuperar lo perdido, no quedaba más remedio que adoptar la manera de guerrear de los ingleses; los vencidos debían estudiar en la escuela de los vencedores y aprender de ellos el arte de guerrear y de vencer, de lo cual tantos ejemplos presenta la historia.

Sin dotes militares, tuvo Carlos V la fortuna de descubrir un gran capitán de talento extraordinario, que no solamente restableció con sus victorias el honor de las armas francesas sino que dió una nueva organización á la fuerza armada de Francia y aseguró con ella el porvenir del ejército nacional. Este hombre no pertenecía siquiera á la alta nobleza feudal, que tan funesta había sido para el país, sino que era hijo de una familia de la nobleza inferior de Bretaña y se llamaba Beltran Duguesclin, gran capitán y gran organizador, tan patriota como exento de fantasías caballerescas (1) y aventureras y del espíritu en aquella época tan común en los ejércitos, que hacía mirar la guerra como un oficio para vivir, sin amor á

(1) En las canciones populares de su época se le llama, no obstante, *la flor de la caballería*. (N. del T.)

la causa por la cual se hacía la guerra. De aspecto insignificante, algo contrahecho de cuerpo, y de feísimo rostro, era Duguesclin, ya por lo físico, todo lo contrario de lo que se consideraba como un caballero noble. Postergado en su propia familia, objeto de mofa de los héroes de los torneos y justas, tan florecientes entonces, y por lo mismo excluido de todas estas diversiones de los nobles, con gran trabajo consiguió en su adolescencia valiéndose de una astucia tomar parte en los ejercicios guerreros. Pero luego que tuvo la ocasión de mostrar su valer, su fuerza y destreza, redujo del primer golpe á todos los burlones al silencio. No consideró los combates de la guerra de sucesión de Bretaña, en los cuales tomó una parte activa, como los consideraban los nobles de su tiempo, es decir, como un gran torneo que debía efectuarse según las nimias y vanas prescripciones de la caballería, sino como una lucha terrible en la cual era preciso esgrimir las armas por la causa que se defendía, sin consideración de ninguna clase, con el objeto de aniquilar al adversario y conseguir la victoria cuanto antes y tan completamente como fuera posible. Para Duguesclin no era la guerra un juego caballeresco en el cual cada combatiente procuraba lucirse y llamar la atención de los espectadores sobre su persona, sino un arte que requería inteligencia y cálculo además de fuerza material y destreza. Así era Duguesclin terrible en las batallas campales, y sin embargo las evitaba en cuanto podía, y prefería alcanzar el triunfo de su causa por medio de sorpresas nocturnas, marchas extraordinarias y ardides de guerra (2). Sus hazañas llamaron la atención del pueblo, que miró á Duguesclin como un héroe y general dotado de talento casi sobrehumano. La fama de Duguesclin resonó por toda la Francia cuando á la cabeza de una partida de aventureros bretones empezó por alcanzar triunfos sobre las fuerzas navarras é inglesas, y reanimó con sus victorias el decaído espíritu del pueblo francés, demostrándole con hechos brillantes que con el fracaso vergonzoso de la caballería no había desaparecido la fuerza de la nación. Formó compañías con soldados mercenarios de todas procedencias, vagabundos que hasta entonces reunidos en partidas habían hecho la guerra por su cuenta y en su beneficio, robando y saqueando donde podían y siendo un terrible azote para el país. Entre ellos había nobles, pero la mayor parte eran gente turbulenta ó perdida de las ciudades y del campo, mezclada, como es de suponer, con no pocos aventureros y vagabundos extranjeros. Después que Duguesclin tomó á sueldo esta gente y organizó con ella sus compañías, otros le imitaron y se fué creando así en Francia el primer ejército regular de soldados de oficio (3). Esta arma, destinada contra los ingleses, era de dos filos, porque semejante tropa, necesitando la guerra para su existencia, era un peligro para el país en tiempo de paz, porque tenía que vivir, y si no se le daba lo que necesitaba para ello, lo tomaba donde podía. Así en una de estas situaciones los mercenarios pusieron á contribución al Papa en Aviñón, el cual tuvo que anular una vez la excomunión que había lanzado contra ellos y darles, además, por disposición de Duguesclin, 20,000 monedas de oro. Después, sabiendo el temido capitán que el Papa había impuesto una contribución á los vecinos de Aviñón para el pago de esta suma, obligó al Papa á restituirles de su propio tesoro lo que habían pagado.

Mucho trabajo costó á Carlos V, sobre todo al principio de su reinado, tener ocupadas á estas compañías convenientemente, porque entonces se hizo la paz con Inglaterra, y luego se pactó un arreglo en la contienda bretona. Habiendo

(2) Véase Martín, *Histoire de France*, V, págs. 243 y siguientes.

(3) Y según se ve, el primer soldado de oficio era Duguesclin, como lo probó después en su venida á España. (N. del T.)

Duguesclin sufrido una derrota y caído prisionero, Carlos renunció á defender por más tiempo la causa de Juana, viuda de Carlos de Blois, muerto durante la guerra, y á cambio de una indemnización para su protegida, reconoció á Juan de Montfort por duque de Bretaña. Finalmente se arregló también la paz con el rey Carlos de Navarra, llamado el Malo, el cual se

había convencido que no podía esperar ya nada en Francia. Quedaron, pues, sin ocupación las compañías de aventureros mercenarios y cometieron innumerables tropelías en todo el país, transformándose en bandas organizadas de salteadores en grande escala, á las cuales nadie osaba hacer frente. Se pensó en buscarles ocupación en otros países para librarse



Carlos V, rey de Francia (1371).

Hoja-dedicatoria de la Biblia pintada por Juan de Bruges para este rey. La inscripción dice así:

*Anno domini trecentesimo septuagesimo primo istud opus pictum fecit ad preceptum ac honorem illustri principis Karoli regis Francie etatis sue trecesimo quinto et regni sui octavo et Johannis de Brugis pictor regis predicti fecit hanc picturam propria sua manu.*

Mide la pintura 21 centímetros de ancho por 29 de alto.

de ellas buenamente; el emperador Carlos IV ofreció emplearlas en Hungría contra los turcos; pero los excesos abominables que cometieron las primeras bandas en la Champaña y la Lorena, en su camino al Este, sublevaron contra ellas á los habitantes de Alsacia, los cuales opusieron á estas hordas desenfundadas tal resistencia que los forajidos prefirieron volver atrás y las demás compañías se negaron á entrar en tan peligrosa empresa.

En esta situación fué una verdadera fortuna para el rey de

Francia que en el Mediodía surgieran complicaciones que prometían poder emplear útilmente á semejante soldadesca, que amenazaba no dejar fructificar las bien meditadas reformas que Carlos V con tanta prudencia iba introduciendo en su reino. La causa de estas complicaciones vino de Castilla, donde el gobierno sangriento de Pedro el Cruel había suscitado una revolución. Su hermano natural, Enrique de Trastámara, había huido de su persecución al Languedoc, donde había reunido como otros capitanes empresarios una compa-